

únicamente, las demás no me importan.

Brincó Rafael por lo que la respuesta, á venir de otro, simulaba una alusión; y casi con cólera, repuso:

—Vaya, niña, no digas tonterías! Volver sólo por sor Noeline no tiene pies ni cabeza; te pregunto si quieres volver al Colegio ó quedarte conmigo, ¿me entiendes ahora?.... Desde luego, que si vuelves al Colegio seguirás con sor Noeline,—añadió dulcificando la voz al ver que la Nona lo contemplaba medio asustada,—digo, á no ser que te pongan en otro dormitorio, que no te pondrán. Pero tú ¿qué quieres?.... Lo que te nazca, lo que más te acomode eso me dices, ¿te parece?

A causa de sor Noeline, la Nona determinó recomenzar su encierro, sin muchos entusiasmos,—dicho sea en honor de la verdad,—mas sin repugnancias tampoco; reflexionando allá en el fondo de su criterio de niña precoz, que las religiosas le brindaban mayor abrigo, con no ser de su familia, que su “papacito” rodeado de amigos, comiendo rara vez con ella, ausentándose por dos y

tres semanas, durante las cuales á ella se le iba encima su casona y se sentía aislada y solitaria dentro de las habitaciones espacia-sas y frías, buscando arrimo en su “nana,” en la cocina con los criados y no en las piezas de los amos, en donde las alfombras sofocaban sus pisadas, en donde la flama de la vela, cuando asida á las enaguas de Manuela, de noche las recorría, convertía á sus sombras en gigantes temblones y pavorosos;—en donde las fotografías y los dos retratos al oleo de su pobre madre, la veían, la veían fijamente cual si ansiase recomendarle algo ó le prometiese acompañarla desde ahí, colgada en los muros y prisionera en los marcos dorados.

Rafael en persona la condujo al Colegio, por experimentar ó por creer que experimentaba un acrecentamiento en sus ternezas paternales, que no le permitían ya distraer su atención y su cariño de su hija única. En buenhora que antes, cuando Leonor por sus poquísimos años no había sabido hacerse querer tánto, cuando por esa misma edad su compañía no ofrecía sino escasos

alicientes, en buenhora que entonces él hubiera continuado su modo de vivir á tontas y á locas, pero ahora era diferente, ahora era una señorita en formación sobre cuyo porvenir, Rafael debía responder á todo el mundo y á ella más que á todo el mundo. De consiguiente, la entregaría con recomendaciones y encargos, en propias manos de la superiora, y si casualmente tropezaba con sor Noeline, no pararía mientes en el tropiezo; sólo atendería al cumplimiento de sus deberes de padre.

Sin embargo, según se acercaban al Colegio; según la Nona reconocía sitios y lugares que enumeraba en alta voz y con un dedo tendido fuera de la portezuela del carruaje los señalaba uno á uno, Rafael hubo de confesarse, muy en lo hondo, donde nos confesamos nuestras debilidades y malos procederes, que maldito si tales deberes lo empujaban al Colegio; ¿cuándo nunca llevó él á su hija á estos comienzos de tareas escolares? Confesóse, pues, que se mentía á sí mismo, que iba al Convento por la secreta ansia imperiosa de ver á la monja, de

saludarla, de sentirla cerca de sí, al alcance de su brazo y á la vez muy lejos, en región desconocida para él, en la que nada podía, no obstante sus voraces apetitos de rico vicioso; en la que ni aún purificado y contrito lo admitirían quizá.

Al entrar en la Ribera de San Cosme se le concluyeron las energías y gritó á su cochero:

—Despacio, hombre, despacio, no vaya á asolearse una yegua....

El asoleado era él; él el intranquilo, el que no sabía qué postura tomar ni qué cigarrillo encender de los cuatro ó cinco que llevaba deshechos. Nona, con una de sus manecitas apoyada en un muslo de su papá y la otra descansando en el marco de la portezuela, golpeaba con sus tacones, alternativamente, la madera de la banqueta forrada de cuero, y tarareaba incomprensible música, de las que improvisan los niños nada más. De súbito exclamó sin cesar en su solfa:

—Mi-rael—Cole-gio—papa-citó....

Rafael lo vió en efecto; allí estaba, con

su inmensa y severa fachada de sillería; sus balcones de medio punto en el piso alto, con un solo barandal á manera de "mirador"; con sus ventanas inferiores, enrejadas é irregularmente repartidas; con su portón arcáico, pesado, de postigo entreabierto y sus muchísimos clavos de ancha y redonda cabeza, oxidados y verdosos.

Detúvose el coche, y Rafael, arreptido de escudarse tras del pretexto que se escudaba, bajó en vilo á la Nona y con ella en los brazos penetró en una de las salas de espera. Tan emocionado penetró, que habría jurado, al pronto, que la primera religiosa que le salió al encuentro era sor Noeline; y si la Nona no la saluda por su nombre, sor Quién Sabe Cuántos, él deja caer á la chica. Sofocadísimo, dió varios paseos en la sala, hasta la que se entraba un ruido de avispero lejano, que en nada amenguaba el majestuoso silencio imperante en el edificio todo. Aspiraba con las narices dilatadas el olor de la sala, mezcla de incienso muy evaporado, de barniz y de flores; paróse frente á cada uno de los

cuadros piadosos de las paredes, y movió una silla.

—*A la bonne heure, ma petite*,—dijo la superiora inclinándose á la Nona, que cogida á ella, empinóse para besarla.

—¿Y sor *Noelina*?—preguntó en seguida la Nona, con lo que aumentó el desasosiego de Rafael.

—*Elle t'attend, comme tout le monde; elle a été un peu souffrante ces jours-ci*.

Comprendió Rafael que su cara se hallaría roja á juzgar por los vapores que en ella sentía; se agachó simulando que buscaba un objeto en el suelo y á lo último se enderezó sonriendo á la superiora, que sin malicia lo observaba y que lo rió en broma por su dejadez de no llevarles á la Nona, desde el día preciso de la apertura de los cursos.

Rafael, también echándolo á la broma, reconocióse culpable, pero culpable por cariño:

—Francamente, resolví robarme á mi propia hija, no traérsela más á ustedes que tienen tantas. . . . Es lo único bueno que me resta, madre superiora,—añadió, ya

con seria entonación,—y si se las devuelvo es porque ella quiere, porque no puede pasársela sin ustedes, sin.... ¿cómo se llama esta monja joven que la acompañaba cuando enfermó de la garganta?... sor...

¿Sor qué, Nona?... .

—¡Ay papá! sor *Noelina*; ¿no acabo de preguntar por ella y no te hablaba de ella en la hacienda, á todas horas?— le contestó Nona, cuyo infantil y recto criterio no podía suponer tan desmemoriado á Rafael ó tan embustero, en caso contrario, para fingir un olvido sin necesidad.

— Eso es, sor Noeline, tienes razón, ¿cómo he de recordarla yo, aunque mucho me hables de ella, como la recuerdas tú? Bueno, madre, el caso es que se las devuelvo por eso, y que en esta vez van á habérselas ustedes con un arrepentido y con un modelo de papás, que domingos y jueves vendrá á perturbarlas y á estarse con su heredera.

¿Lo aprueba usted?... .

— *Comment donc, M. Bello, comment donc! Mais je suis enchantée.*

Y á todo esto, ni luz de sor Noeline.

La entrega se diputó por terminada, besó la Nona á Rafael, quien en retorno hízole mil extremos, mas de marcharse tuvo y con contrariedad mayor por no haber visto á la religiosa que por separarse de su hija, la que de mano de la superiora realizó su entrada de criatura mimada y simpática, en clases, jardines, capilla, comedor y dormitorio. El mismo dormitorio; su mismo rincón; su mismo pedazo de sol y su misma rama de heliotropo, metiéndose por la ventana á fiscalizar las castas desnudeces infantiles. Su misma sor *Noelina*, alta, bella, rubia, que le abrió los brazos y dentro de ellos la aprisionó, dándole la bienvenida en español, con aquella su voz, divinamente armoniosa, con que embelesaba á las alumnas.

En la propia tarde, al concluir de las clases, sor Noeline y Nona reanudaron sus amistades, sus confianzas mútuas, sus interminables charlas á propósito de fruslerías.

—¿Cuánto apostamos,— prorrumpió sor Noeline,— á que durante esta ausencia yo he pensado más en tí que tú en mí?

—¿De veras apostamos algo, sor *Noelina*?

—repuso Nona radiante, segura de triunfar,

—¿qué apostamos? . . .

—Pues apostaremos una carrera desde aquí hasta la zanja del "jardín grande". . .

—Perdió Ud., sor *Noelina*, perdió Ud.

—dijo Nona palmoteando de gusto,—  
figúrese Ud. que aunque yo no la hubiera recordado, mi papá me hablaba de Ud. sin parar! . . . ¿Quién gana, eh? ¿Ud. ó yo? . . .

Púsose la monja como una grana al recibir esa descarga, y en lugar de contestar á la Nona, frunció el ceño y miró hacia las nubes, cual si tratara de huír de sus ideas; agitado su pecho, y en los ojos, los asomos del llanto aquel que á diario la asaltaba.

La Nona, que se esperaba otra actitud, que juntas festejaran su victoria, por lo pronto quedóse perpleja ante tamaña turbación; y temerosa, luego, de haber ofendido involuntariamente á la hermana, se apoyó sobre sus rodillas y acariciándola en los hábitos, le dijo:

—Pero si Ud. quiere, sor *Noelina*, perdí yo . . . ¿quiere Ud. que yo pierda? . . .

Confusamente la escuchaba sor Noeline, pues desde el instante en que oyó el nombre de Rafael y que supo su empeño en mencionarla, perdió el sosiego y se estimó punto menos que perdida.

Igual que si alguna fuerza inteligente y maravillosa la hiciese deletrear sus pensamientos mostrándole la clave de su enigma, del enigma que ni ella ni su confesor lograban esclarecer, sor Noeline vió claro en sus adentros y se espantó de lo que veía: en ellos moraba un hombre y ese hombre era Rafael!!

Ahora sí que comprendía sus lágrimas, sus desazones é inquietudes, el mal secreto que venía haciéndola padecer sin motivo aparente. Lo que más la asombraba,— en el rápido y doloroso análisis mental que las palabras de la Nona determinaron,— era la instantánea clarividencia que le permitía descifrar, en un segundo, el misterio de tanto tiempo. ¿Acaso no resultaba naturalísimo, pues que de Rafael se trataba, el que se lo hubiese hallado medio escondido en la memoria? ¿Por qué alarmarse con

el hallazgo? ¿Lo amaría por ventura?... Al llegar aquí, no pudo más; se enderezó y se soltó de la Nona perdiéndose por entre las callejas y los arcos del jardín, á la sazón que anochecía, que la ciudad mandaba sus alientos de coloso, intermitentes y errabundos, y que el alumbrado eléctrico reflejaba en los cielos su halo enorme de aurora boreal.

La Nona, desolada, corrió en pos de la monja, gritándole:

—Yo perdí, sor *Noelina*, yo perdí, pero no se enoje Ud.

Sor Noeline comprendió que ella sí se perdía si no calmaba los apuros de la chiquilla; la esperó en la reja y nerviosamente, muy nerviosamente, le explicó su fuga:

—No es que me enoje Nona, no es que me enoje; es que me ha dado un dolor y me retiro á nuestro dormitorio; allí te veré...

Y casi la empujó á donde las demás internas estaban reunidas, solicitando, en efecto, permiso de la superiora para retirarse. Subió al dormitorio que custodiaba, sudorosa y pálida:

—¡ Señor! ¡ Señor! ¡ Ten piedad de mí! —dijo al entrar, á una imagen del Sagrado Corazón en cromolitografía; el Salvador de busto, risueño, entreabriéndose las ropas con sus dos manos para dejar ver un corazón defectuoso anatómicamente, suspendido á la mitad del pecho, sin arterias ni nada que lo sostuviera, con diminuta corona de espinas circundado y una flama rematándolo.

El dormitorio nadaba en una atmósfera de silenciosa paz, sus tres ventanas al jardín, abiertas totalmente; su doble hilera de camas, sin hacerse aún; á media luz las lámparas de petróleo pendientes del techo; la veladora del Sagrado Corazón, titilante y manchando las paredes como con ténues velos que á su capricho se acercasen y alejasen; y el reclinatorio en la penumbra, bajo el cuadro, invitando á prosternarse en él y desde él confiar á Quien todo lo puede, las congojas más secretas, los pesares más hondos y los más incurables dolores.

Sor Noeline recorrió la estancia de arriba abajo, sin atreverse á mirar cara á cara á

Jesús; las manos encima del corazón para acallar sus latidos, la vista vaga, presa de angustias y sobresaltos, acobardada frente al tremendo descubrimiento. En sus paseos, fijaba su mirar en el cuadro cuando menos unos instantes, al soslayo, y sea porque su pena la asesinara ó porque los ojos del Nazareno la hipnotizaran, porque la enterreciera su divina actitud de dar sangrando su corazón por nosotros, los que pecamos, ello fué que sor Noeline se arrodilló en el reclinatorio y agarrada á sus rebordes de terciopelo, sólo murmuró:

—¿Por qué, Dios mío, por qué?.....  
—cual si ese Dios de perdón y de bondad que sonriente y benévolo la escuchaba, fuera el responsable de las delincuencias de sus hijos.

En espera de que le respondiesen algo, clavó sor Noeline el rostro en sus propios brazos, y como nadie le respondía nada, púsose en pie y llegándose á la santa imagen, con mayor claridad reiteró su pregunta:

—¿Por qué tengo aquí á ese hombre, Dios mío? ¿por qué no se va?

En vez de tocarse la frente ó el cerebro, golpeábase el pecho, del lado del corazón, en uno de sus duros senos de doncella.

Y siguió aguardando....

Solamente que ahora, por efecto de su excitación nerviosa sin duda, estaba cierta de que la sonrisa del Redentor no era la sonrisa vulgar y estereotipada de una estampa que se fabrica y vende por miles, no, era una sonrisa melancólica de sér supremo que conoce nuestras miserias y de ellas se conduele, porque nos sabe impotentes y débiles para vencerlas. No pudiendo ayudarnos él, por no destruir esta continua lucha entre el deber y la pasión que él mismo echó al mundo enseñándonos cómo el primero ha de derrotar á la segunda, prométenos también su perdón para cuando la segunda, irresistible y soberana, nos derribe y nos hiera.

Humilde y desgraciada, sor Noeline trepó en el reclinatorio, asióse al marco y en voz más alta aún, con hondo anhelo de que mejor la oyeran, suplicó:

—Yo no quiero tenerlo, Dios mío, y si

no ha de irse, llévame tú contigo, en este instante en que todavía soy pura y digna de adorarte á Tí solo! . . . .

Desdichadamente no se operó el milagro y sor Noeline, dando traspiés, reconocióse sin resistencias sobrenaturales, las que en los libros místicos surgen de súbito á defender á los elegidos; todo el arsenal que la deslumbraba en sus lecturas piadosas: las fieras del desierto acometiendo á los impíos; los arcángeles de flamíferas espadas pisoteando Luzbeles y ahuyentando tentaciones; los ángeles guardianes velando sueños y cruzando abismos con el predilecto entre sus alas, quiméricamente poderosas é intangibles. . . .

Sor Noeline caminó de espaldas varios pasos, hasta encontrarse en una de las ventanas, desde cuyo hueco clavó sus ojos que no lloraban más, en las sombras del jardín. Á medida que el aire frío de la otoñal noche le oreaba la frente, su espíritu se aquietó, muy poco, lo suficiente para medio explicarse el lamentable suceso; el porqué se encontraba en sus adentros con

Rafael, sin que hubiese advertido su entrada ni menos que se le acomodase tan á sus anchas. ¿Acaso con los sentimientos ocurriría lo que con los ladrones, que cuando el dueño de una casa duerme desprevenido ejecutan el asalto de pronto y á él no le cabe otro recurso que gritar y pedir socorro, como sor Noeline lo pedía en aquellos momentos horrorosos? Porque lo mismito le acaecía á ella; sin su consentimiento se le habían entrado y para la expulsión del intruso había menester de un auxilio divino. Sí se daba cuenta, ó por mejor decir, sí hacía memoria de que al conocer al padre de la Nona, le advirtió un parecido extraño con su primo Gastón, el de Burdeos, el militar, su primero y único novio. Rafael era Gastón, pero un Gastón más entrado en años, con las facciones más acentuadas, más hombre en fin. Al descubrir semejanza tal, experimentó una repentina simpatía espontánea hacia el desconocido que, á causa de esa misma semejanza, cesaba de serlo, convirtiéndose, por lo contrario, en el continuador del otro, del artillero que guerreaba

en África. Para acabar de convencerse de lo del parecido, volvió á examinar á Rafael, casi en contra de su voluntad, mas como Rafael también la miraba intensamente, perdió ella el tino, subiósele la sangre á la cara y toda aturdida se marchó de la enfermería sin ver de nuevo á aquel señor que se le borró mediante un ligero esfuerzo y doble dosis de rezos. Después, cuando él la asaltó en uno de los corredores del Colegio el día de la gravedad de la Nona, sin que á ella le fuese dable evitar el asalto ni que le cogiera las manos, ni que le encareciera á su hija, sor Noeline, para mayor tranquilidad de conciencia, narró á fray Paulino los hechos y el santo varón garantizóle riendo, que eso no era pecado ni era nada. Pero sor Noeline no quedó conforme, y durante las vacaciones y la ausencia de Nona, sí le chocó que siempre que en ésta pensaba, — y pensaba muy á menudo, — por fuerza algunos de esos mismos pensamientos se encaminasen en derechura al padre de su amiguita. Si no confesó á fray Paulino estas desviaciones mentales puntualizadas,

sí le repetía una y mil veces que la perseguían malos pensamientos, así, en general, porque es prohibido mentar á terceras partes en un confesonario. Ahí,— según sor Noeline,— estaba, primero, su bien intencionado error, y después su culpa, su grandísima culpa, la que la conducía al sacrilegio . . . . De pensar esta palabra, sor Noeline se estremeció, estuvo á punto de dar un grito, y clavando más sus ojos en las sombras del jardín, en lugar del ansiado remedio sólo escuchó el siniestro crugir de las ramas de los árboles, el canto estridente de los grillos y unas horas que sonaban á lo lejos, impasibles y acompasadas, tan impasibles, al parecer, como la imagen del Sagrado Corazón que persistía en su sonrisa de estampa, y como la naturaleza adormecida y negra del jardín del Convento.

Instintivamente, pensó entonces en su madre, y de considerarla tan distante, tan imposibilitada de valerla, regresó á arrodillarse en el reclinatorio, elevó una plegaria sin despegar los labios, pidiendo la muerte por manera tan honrada, que ni una sola

fibra de su espléndida juventud se opuso á la fúnebre petición.

No oyó cuándo las legas penetraron al dormitorio á arreglar las camas, ni cuándo subieron en infantil tumulto las "pequeñas", que al divisarla postrada se calmaron, y muy serias y silenciosas cerraron las ventanas, desnudáronse en los bordes de sus catres y una por una fueron metiéndose entre sábanas.

Nona no supo contenerse más allá de un cuarto de hora; abandonó su lecho y descalza, dentro de su amplio camisón blanquísimo, acercóse sin ruido á su atribulada amiga y le murmuró:

—¿Verdad que no está Ud. enojada, sor Noelina?...

Y sor Noeline, por segunda vez la rechazó, más duramente ahora, porque con su vecindad imaginábase ella también más cerca de Rafael y porque rechazando á la hija imaginábase rechazar al padre:

—*Va te coucher, Leonor, va t'en, va t'en!*...

V

La prolongada ausencia de Rafael habíase comentado mucho entre los socios del Club, los que en medio á sus escasísimas ocupaciones propusiéronse dar con el porqué de la cosa. Aunque Chinto disimulara y aún presumiera ser el único al cabo de lo ocurrido, la verdad es que andaba tan ignorante como los demás, y hasta con su poquito de berrinche por el desengaño cosechado. Le dolía que Rafael, de quien se suponía mentor, lo declarase cesante en su elevado oficio. Luego, que ni un día dejó de ir á tomar sus informes con los criados de la casa de Cadena y los tales informes habrían deses-